

canti parat æternitatis coronam. S. Ambros. in quad. epist.

In extrema unctione præparatur homo, ut recipiat immediate gloriam. S. Thom. 3, part. quæst. 65, art. 1, ad 4.

Res etenim hæc gratia est Spiritus Sancti; cujus unctio, delicta, si quæ sunt adhuc expianda, ac peccati reliquias abstergit, et ægroti animam alleviat, et confirmat, magnam in eo divinæ misericordiæ fiduciam excitando. Conc. Trid. Sess. 14 de Extrem. Unct. cap. 2.

Nullum tempus est, quo adversarius noster vehementius omnes suæ versutiæ nervos intendat ad perdendos nos penitus, et à fiducia etiam, si possit, divinæ misericordiæ deturbandos, quam cum impendere nobis exitum vitæ prospicit. Idem, ibid. cap. 9.

Deus extremæ unctionis sacramento, finem vitæ, tamquam fortissimo præsidio munivit. Idem, ibid.

na así que hayas triunfado del demonio.

Por medio de la Extremauncion el hombre queda dispuesto para ser admitido luego en la eterna gloria.

Por la gracia del Espiritu Santo; cuya uncion borra los pecados, si aún hay algunos que purificar, y los resabios del pecado; y alivia y confirma el alma del enfermo, excitando en él gran confianza en la divina misericordia.

En ningun tiempo nuestro enemigo aplica con mayor ahinco todas las fuerzas de su astucia para perdernos enteramente, y para hacernos perder, si puede, la confianza en la divina misericordia, como al ver que se nos acerca el término de la vida.

Dios nos proporcionó al fin de la vida el sacramento de la Extremauncion como una fuerte defensa.

ETERNIDAD.

I.

Cogitavi dies antiquos, et annos æternos in mente habui.

Púseme à considerar los dias antiguos, y à meditar en los años eternos.

(PSALM. LXXVI, 6.)

El pensamiento de la eternidad, amados hermanos míos, constituye, en el tiempo, nuestra fuerza y nuestra garantía suprema. Nosotros no somos seres criados para el tiempo; estamos hechos, organizados, digámoslo así, para la eternidad. Todo en nosotros viene de ella, todo en nosotros va á ella, y, por consiguiente, en nuestros pensamientos y sentimientos, en nuestro corazón y en toda nuestra vida, necesitamos algo que, ya en germen, en principio, en tendencia, se refiera á la eternidad. De otra manera, seríamos de la eternidad y no lo seríamos; esto es, no existiría entre nosotros y esta eternidad, que es herencia nuestra, ningun punto de relacion, ningun punto de contacto. Y esa es, en efecto, carísimos hermanos, la grande y deplorable ilusion, la perpétua é irreparable desgracia de tan gran número de almas: esas almas, siendo eternas, esto es, criadas para la eternidad, se amoldan al tiempo, como si estuviesen hechas para el tiempo, como si el tiempo lo fuese todo para ellas, y la eternidad nada, ó muy poca cosa. El Señor, hermanos míos, nunca ha comprendido de otro modo la práctica de la virtud en la tierra: huir del vicio, del pecado, de las ocasiones; Dios nunca la ha comprendido sino con el pensamiento de nuestro destino inmortal, con el pensamiento de la eternidad; y, por lo tanto, voy á demostrar la necesidad de pensar en la eternidad. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios, hermanos míos, ve con inmensa piedad, la debilidad de nuestras almas. Él sabe muy bien de qué barro nos formó, y que, hasta cierto punto, no podemos nada, ni nada somos: él ve en torno nuestro infinitos peligros sin cesar renacientes, el mal y el pecado en perpétua conspiracion con todos nuestros sentidos, con toda nuestra

alma, con todo nuestro corazon. Él lo sabe, él lo ve.... ¡qué digo! él lo ve! él, con motivo del primer pecado, de nuestra caída original, permitió, que nuestras almas pasasen por tales pruebas. Cuando se ha reflexionado un poco sobre la materia, parece, á primera vista, que Dios verdaderamente se cura poco de nuestras almas. ¡Cómo, sinó, dejarnos expuestos á tantos peligros! ¡Cómo, sinó, sujetarnos á tantas miserias! ¡Pobre alma del hombre! Entre todos esos peligros, seria preciso que el hombre fuese de hierro ó de bronce; y, sin embargo, es la debilidad misma! Pero, ¡Dios mio, ninguna de estas almas llegará al término deseado! Pero, Señor, ¿quién merecerá pues, ver esa para él gloriosa y feliz eternidad? ¡Ah! hé aquí la respuesta de Dios, hermanos míos: en medio de todas esas debilidades, de todos esos peligros, ha puesto el pensamiento de la eternidad como la sal de nuestros corazones, á fin de preservarlos para siempre de toda corrupcion; ha interpuesto el pensamiento de la eternidad, para que sea el grande estímulo de las almas á las virtudes; ha interpuesto el pensamiento del cielo, para que sea la gran defensa de las almas, contra todos sus peligros y debilidades; ha interpuesto el pensamiento de la eternidad, como una coraza sobre sus corazones, impenetrable á los dardos más agudos del enemigo. Ved ahí la justificacion de Dios, su pensamiento más verdadero, más decisivo, y que más interesa comprender bien, cuando se trata de las cosas de nuestra alma, y de entrar en la economía de sus designios sobre nosotros. El pensamiento de la eternidad presta muchísima fuerza á nuestra fé, y ya sabeis que la fé es por sí misma, por su esencia, victoriosa: *Hæc est victoria, quæ vincit mundum, fides nostra* (I JOAN. v, 4).

En nuestra mano está, ahora, dar cabida á este pensamiento, apoderarnos de él, ó abandonarlo. Nada más fácil que dejarlo á un lado. El pensamiento de las cosas eternas no nos viene á nosotros con cierta violencia. ¡No! desterrado de nuestros corazones, ó solamente apartado un poco de nuestro corazon y de nuestra inteligencia, será de la mayor inutilidad; nada hará, nada decidirá. Al contrario; si le damos acceso en nuestro corazon, si le damos cabida en nuestra alma, ¡oh! entónces viene á ser una fuerza suprema, invencible, incalculable. Cuando se tienen á la vista las cosas eternas, nadie puede ya ofendernos; es casi imposible no ser un santo; somos como arrebatados al cielo. Por eso nos dice el Espíritu Santo: Acordaos de en donde vais á parar, acordaos del fin de todas las cosas; parad mientes en la eternidad; y aún cuando hubieseis de vivir, no los breves y rápidos años que Dios os concede, sino los dilatados años de los antiguos patriarcas, este pensamiento os sostendrá contra

las tentaciones. Acordaos de ese gran fin último, de la eternidad, y nunca pecareis, y podreis multiplicar en la tierra los dias de vuestra vida sin caer nunca en pecado.

¡Cuán necesario es, pues, este pensamiento! Es nuestra arma, nuestro escudo, nuestro recurso. ¿Qué hacemos de él? ¿dónde ponemos este pensamiento? ¿Tiene en nuestro corazon un acceso fácil, libre, cotidiano? ¿Lo recibimos siempre favorablemente? ¡Oh! de todos los pensamientos, es el que debemos considerar como nuestro mejor amigo, nuestro guardian, nuestro amparo, nuestro padre: sí, como nuestro padre, porque él criará nuestra alma para los eternos dias de felicidad. ¿Vamos, pues, á buscar este pensamiento cuando no viene? ¿Estamos inquietos cuando ya no lo hallamos, en cierto modo, al rededor nuestro, y cuando, sin saber cómo y por dónde, ha desaparecido de nuestro corazon? Parece que entónces, hermanos míos, todo debería faltarnos; debiéramos ser como el hijo de cuya vista ha desaparecido de pronto su madre; la busca, conoce que para él ya no hay seguridad, ni dicha. Eso es lo que deberíamos experimentar y sentir, cuando nos falta el grande y utilísimo pensamiento de la eternidad.

Ved, hermanos míos, la conducta de todos los cristianos verdaderos; ved la conducta de todos los santos. Cierito que éstos tenían más motivos de seguridad que nosotros; pero ¿creíanse suficientemente en seguridad? No! no! Ellos, consagraban, casi cada dia, largas horas á la meditacion sobre la eternidad; y no solamente sobre la eternidad bienaventurada, sino tambien sobre la eternidad desgraciada, sobre el infierno. Ved ahí lo que los santos pensaban; ved ahí cómo se pensaba tambien en la Iglesia primitiva. Ser cristiano era, estar consagrado anticipadamente al martirio; y en el seno de las catacumbas, donde se reunian todas las virtudes, todas las pruebas, todos los sufrimientos padecidos por Jesucristo, ¿qué meditaban los cristianos? Sin duda meditaban el amor del divino Redentor; sin duda meditaban, y profundamente, la dicha de derramar por él su sangre; pero, ante todo, meditaban sobre la eternidad. ¡Sí! aquellos rostros enflaquecidos por la penitencia, aquellos confesores de la fé, mutilados por los instrumentos de los verdugos, sentian que necesitaban la fuerte represion de este pensamiento para contenerles contra las ocasiones peligrosas. Sigamos, pues, hermanos míos, el ejemplo de los santos; sigamos el de los que practican más seria y valerosamente la vida cristiana.

2. Despues de meditar la necesidad de pensar en la eternidad, veamos de donde les viene su fuerza. Yo hablo de la eternidad tomada en su conjunto, sin fijarme más en los horrores, que en los con-

suelos, y en la gloria que nos ofrece. Y ¿quién no comprende la impresión que la eternidad debe causar en el corazón humano? El simple pensamiento, hermanos míos, de unos males que han de durar, no un día, no algunos meses, como los que acá en la tierra nos hacen derramar amargas lágrimas, sino males que oprimirán para siempre nuestro corazón, este corazón hecho para la felicidad, abismo que todas las felicidades de la vida no pueden llenar; este pensamiento, repito, basta para inspirarnos santas resoluciones, y valor para triunfar de las tentaciones. Nuestro corazón está hambriento de bienes; y el pensamiento de la eternidad es el pensamiento de todos los bienes, de todas las felicidades, no solo con que podemos soñar, sino que nuestro gran Dios puede querer; el pensamiento de que nuestra dicha en el cielo no será nuestra dicha propia, lo cual fuera poco, sino también la dicha de Dios. ¿Hemos reflexionado nunca en lo que debe ser, en punto á felicidad, la exigencia, no de nuestra mísera naturaleza, sino de la naturaleza infinita de Dios? Sabed, pues, hermanos míos, que la felicidad, que nos está prometida, es la misma felicidad de Dios. Es tanta la grandeza é inmensidad de la felicidad, que después de días interminables, nos hallaremos aún al principio, sumergiéndonos siempre en ella, sin llegar nunca al fondo. Ved ahí la esperanza que nos infunde el pensamiento de la eternidad, en cuanto á la dicha, al placer, al bienestar.

También hemos dicho lo que es relativamente al oprobio, á los males, á los tormentos del infierno. ¡Ah! con solo considerar esos excesos de dicha y desdicha, por un día, no más, hermanos míos, estremeceríase toda nuestra energía, todas nuestras potencias de horror, de angustia; y, por otra parte, estremeceríanse también toda nuestra energía y todas nuestras potencias de deseo, de amor, de esperanza, de encanto, de tendencia, de esfuerzos invencibles. Sí, sin duda, aunque todas esas cosas no se presentasen más que de paso, de paso enajenarían también todas nuestras almas, Dios mío; y aún solo hemos desflorado la fuerza de este pensamiento, pues todas esas cosas, hermanos míos, son fijas, permanentes, no cambian, no pasan. Esa dicha inmensa, esa infelicidad inmensa, su misma inmensidad las fija, las inmoviliza para siempre en el corazón del hombre.

Sería preciso, amados hermanos míos, tratar de comprender, y yo comprendo en verdad, que la vida no nos fué concedida sino para dar entrada en nuestro espíritu, tarde ó temprano, á la idea cabal de las cosas eternas... ¿Cabal? es imposible: el espíritu no puede comprender la eternidad entera. Digamos, pues, que la vida nos fué concedida para darnos de la eternidad una imagen, una sombra en el tiem-

po. El tiempo es algo: no representa la eternidad, pero, en fin, la figura bien ó mal; y con el tiempo, hermanos míos, podemos ya formarnos una idea espantosa de la eternidad. Emplémoslo en eso, é inmediatamente: es lo mejor que podemos hacer. A un dolor ligero, hermanos míos, suponed cierta duración; prolongadla, y será un dolor inaguantable. Al mismo tiempo, si suponeis un dolor de corta duración, de una hora, por ejemplo, aumentad si quereis su intensidad, y lo hareis, digámoslo así, interminable. Reunid ahora esas dos cosas, elevad mentalmente la intensidad de ese dolor; luego dadle tiempo, dádselo, á vuestro sabor; poned días, poned siglos, multiplicad estos siglos. En pocos minutos, con un simple movimiento de dedos, trazando solamente algunos signos, podemos expresar mil veces, cien mil veces más que la duración del mundo; y si continuamos una hora este trabajo, hermanos míos, expresaremos un espacio de tiempo que desafiará todas las inteligencias y aún todas las imaginaciones. ¡Algunos números! ¡Dios mío! yo debo decirme en mis meditaciones: si tal fuese la ocupación de mi vida; si esta ocupación absorbiese todos mis momentos; si ya no fuesen solamente algunos signos; si yo llenase con ellos libros enteros; si ocupasen la tierra, y la tierra no es más que un punto; si se elevasen, semejantes á la torre de Babel, hasta las mismas extremidades de esas creaciones, de esos espacios, que desafían también toda investigación y todo cálculo; parece que eso ya no sería tiempo..... Lo fuera también, hermanos míos, lo fuera siempre; pero es preciso convenir, en que esos espacios de duración abrumarían nuestro espíritu, nuestra inteligencia, nuestro corazón; y, sin embargo, mi razón, sin recurrir á mi fé, me dice: esos espacios, que no pueden expresarse en el lenguaje humano, evidentemente vendrá un día, en que habrán pasado; y al separarlos de la eternidad, tú no la has quitado uno solo de sus años, uno solo de sus días, una sola de sus horas.

Todos los que se han entregado á estos pensamientos, hermanos míos, los han encontrado siempre de una profundidad inmensa, de una fuerza incalculable. Estos pensamientos, más que todo, han formado á los santos, á los grandes santos; estos pensamientos, y no otros, son los que han hecho dar con firmeza en esta tierra pasos gloriosos, heróicos; esos pensamientos han dado á manos generosas la fuerza necesaria, para levantar el sacro estandarte del deber, de la religión, de la piedad y de la adhesión, para empuñarlo firmemente; para elevarlo tanto, que esta enseña ha venido á ser para muchas almas que la han seguido, una bandera fascinadora. Y esas almas eran iguales á las nuestras; no hallaban en sí mismas más de lo que nosotros

hallamos en nuestras propias almas. ¡No! ellas fueron á buscar con su fuerza, sus resoluciones y su santidad en otra parte; y dijeron á la eternidad: puesto que ya desde ahora te pertenecemos, puesto que tienes la mano sobre nosotros, nos aprovecharemos de tí, de tu pensamiento, de tu contacto. Ven, pues, eternidad en que vamos á sumergirnos, ven, pues, á ocupar nuestro pensamiento, nuestra inteligencia, nuestro corazón. Sin tí nada podemos por tí: sé tú misma nuestra fuerza, nuestra inspiración. Años, años eternos, venid á habitar en mi pensamiento. Y ese voto, hermanos míos, Dios lo oye siempre; y entonces nuestra inteligencia se dilata, se eleva, nuestros pensamientos se extienden, nuestro corazón se ensancha, nuestras fuerzas se acrecientan; ya no estamos unidos al tiempo y á la tierra sino por el mérito; ya no nos liga á ellos una afección verdadera; nos ligan, sí, unos lazos, que habremos de romper; nada común tenemos ya con ellos, nada! somos anticipadamente almas de la eternidad.

5. Expuestas ya la necesidad de este pensamiento y un poco su naturaleza, su energía nativa, veamos cuales son los sentimientos que necesitamos adquirir, y que, con él, fácilmente adquirimos. El primer sentimiento acabo de expresarlo: es hallarnos algo más grandes que las cosas de este mundo, no hacer que ellas se acerquen tan fácilmente á nosotros. Sé muy bien, que las aguas suben como en tiempo del diluvio; pero también sé, como ya he dicho, que tenemos un refugio seguro. Nosotros podemos exclamar con el Profeta: Señor, estoy invadido, estrechado, pero tengo una roca en que salvarme de todo naufragio, tengo un terreno siempre mío, una roca colocada de tal manera, que se halla libre de todos los peligros: *Altissimum posuisti refugium tuum*. Yo iré á morar allí, Dios mío, y el mal de las seducciones, el mal del pecado, de la caída, de la impenitencia, del endurecimiento, de la indiferencia, de la insensibilidad, de la vida cristiana, falsamente comprendida, y más falsamente aún practicada, nunca llegarán hasta mí: *Non accedet ad te malum* (PSALM, XC, 9 ET 10). Lo que podría llegar más fácilmente hasta mi corazón, sería lo que se presentase, no bajo la forma del mal, sino bajo la del bien, del placer. Y en eso hallaré también con que hacerme superior á todas las seducciones, aún al parecer legítimas, ó, á lo ménos, que tuviesen para mí un atractivo peligroso. Yo diré, con el pensamiento de la eternidad: soy más grande que eso. ¡Sí! ved ahí un honor, ved ahí cosas que me serían gratas; pero yo soy llamado á otras más grandes; tengo á la vista una gloria que eclipsa y disipa todas esas glorias. Páreceme, Dios mío, que cuando espero tus goces, puedo esperar honores eternos! Y puesto que es verdad, que á

medida que yo sacrificaré más generosamente las dichas, las glorias, los goces efímeros de este mundo, más poseeré esa gloria y ese goce, que no acabarán nunca, ya no me apresuro á poner mis labios en estos secos manantiales; si me agita algún deseo, es, por el contrario, el de decir: quitame, niégame las peligrosas dulzuras que me detendrían en la tierra, Dios mío; yo solo quiero poseer los bienes eternos, que ya toco anticipadamente, que están muy cerca, y que voy á alcanzar. ¡Sí! yo soy más grande, lo siento profundamente en mi corazón, que todo lo que puede ofrecer el mundo. Este es el pensamiento sencillo que tiene, el que habita anticipadamente un poco, por su corazón, en las regiones eternas.

En la meditación de la eternidad hallaremos la generosidad del corazón, grandeza nativa del alma cristiana. Hallaremos de antemano en nosotros mismos, la riqueza de la gran placidez de la inmovilidad eterna. En torno nuestro, nadie comprenderá gran cosa, hermanos míos, os lo prevengo. En torno nuestro habrá pequeñas agitaciones, ó si quereis, grandes agitaciones por cosas pequeñas, por nada: en eso sobresa el mundo; los corazones se parecen á las hojas secas, que el menor soplo arrebatada y abisma, no importa dónde. Nosotros, fijos en nuestro pensamiento, puestos los ojos en nuestro objeto inmortal, asistiremos, llenos de calma, como cristianos, á todo ese espectáculo, á todo ese hormigueo de pequeñeces humanas, y sacaremos lo que sacar debemos de los pensamientos eternos: un sentimiento de humildad, verdadero y profundo. Dícese á veces: ¡oh! qué difícil es la humildad! Pues yo digo que, con esos pensamientos, será fácil, natural. ¿Y cómo no ser humilde?—¡Nada grave tengo que reprocharme!—Pero es de fé, que basta un poco de imprudencia y de temeridad para rodar al fondo de la eternidad desgraciada; es de fé, que á no mediar una gracia particular, la de la perseverancia, no alcanzareis la eternidad bienaventurada. ¡Nada grave, nada serio tengo que reprocharme! ¡Ah! ¿no es verdad, que éstas son las verdaderas palabras de un gran número de almas? Debeis, pues, reconocer, que habeis incurrido para con Dios en todo el rigor de su justicia; y me decís: ¡Cómo! la humildad! Dirigid, pues, las miradas á los abismos de oprobio, de dolor, al infierno, á ese fuego eterno; decíos: hay en él almas, que no son más culpables de lo que nosotros mismos hemos sido; hay en él almas, quizás, que han sido castigadas despues del primer pecado; á esas almas Dios les dice, y nosotros también se lo diremos un día, pues están malditas: *anatema!* y parece que ellas nos responden: «Pero tú habias merecido mil veces más estos dolores!...»; ¡Ay! decíos, hermanos míos: si Dios no me hubiese tratado con infi-

nita misericordia, yo me hallaria en las regiones eternamente horribles, bajo el peso eterno de la ignominia. Dios me ha salvado: ¿ es mio ó suyo el mérito ? ¡ Oh ! sin duda, suyo es el inmenso, el eterno honor. ¿ Tengo derecho á gloriarme de él ? ¿ Me es, pues, tan difícil ahora, pensando en lo que seria, si Dios no me hubiese salvado, tener en mi corazón un poco de humildad ? ¡ Ah ! el corazón, el alma se llena de humildad al pensar en la eternidad desventurada !

Yo me llenaré de amor á Dios, de confianza en él, sí ! y será una confianza enteramente particular, un amor que solo será mio; pues el divino Maestro lo ha dicho en su Evangelio: ¿ quién es el que más debe amar ? aquel á quien se ha perdonado mucho. Dios mio, el réprobo á quien sacases del infierno, se adheriria á tí con invencible agradecimiento: tú me has sacado de allí, Señor, siempre que con mis nuevos pecados he merecido caer en aquellos abismos. Paréceme que un corazón, que Dios con generosa mano ha sacado del fondo de esos abismos, solo tiene que hacer una cosa en esta tierra: amar á su Dios, estarle agradecido, lleno de confianza en él, y luego ponerse en sus manos divinas, para que, guiado por la gracia, pueda, á su vez, infundir el amor de Dios á otros corazones, salvar otras almas, y con esto, asegurar anticipadamente su propia eternidad bienaventurada, é ir á entonar con voz más alta, más triunfante, el cántico de todas las almas salvadas, de todos los corazones librados de la eternidad desgraciada: Si, Dios mio ! yo cantaré, y no solo, como lo espero, tus misericordias en la morada eterna: *Misericordias Domini in aeternum cantabo*. Así sea.

ETERNIDAD.

(ELECCION DE LA MISMA.)

II.

Quæ evidentur temporalia sunt; quæ non videntur aeterna sunt.

Las cosas que se ven son transitorias: mas las que no se ven, son eternas.

(II COR. IV, 18.)

Al desempeñar su ministerio el apóstol S. Pablo, elevaba sin cesar el pensamiento y las aspiraciones de los primeros cristianos hácia la eternidad; presentábalos por modelo su propio apostolado, en el cual solo tenia por mira la santificación y la salvacion de sus almas: con su humildad y franqueza les hablaba de sus trabajos, de sus tribulaciones, de las cadenas que habian sujetado sus manos, y de los sufrimientos de toda clase que habia experimentado durante la predicacion del Evangelio; pero añadia, al propio tiempo, que su alma reboaba de alegría en medio de las tribulaciones y de los sufrimientos. Y lo explicaba perfectamente, diciendo, que un momento de pena puede proporcionarnos un grado inmenso de gloria; pues todo lo de este mundo es fugaz y pasajero, y por esta sola razon es despreciable. Ved aquí, hermanos, porque S. Pablo decia á los fieles que elevasen su consideracion y sus aspiraciones á lo que no es pasajero; que no mirasen al tiempo, sino á la eternidad: *Quæ videntur temporalia sunt: quæ non videntur aeterna sunt*.

Esto os convencerá, hermanos míos, de que ya en los primeros tiempos del cristianismo, era necesario recordar á los fieles, que habian salido del seno del paganismo, el interés privilegiado que les obligaba á pensar en la patria eterna. No debeis extrañar, por consiguiente, que en el celo por cumplir con mi ministerio, procure elevar vuestro corazón y vuestra inteligencia hácia nuestro eterno destino, y que tenga empeño en haceros concebir un desprecio verdadero, sincero y eficaz hácia los bienes, placeres, preocupaciones é intere-

ses mezquinos que absorben, por desgracia, la atención de la mayor parte de los hombres. Hay una fuerza especial que nos atrae constantemente hacia la tierra; las bagatelas y vanas apariencias nos fascinan de modo, que nos impiden ver cuáles son los verdaderos bienes. Luchando decididamente por elevar nuestras ideas y las aspiraciones de nuestros corazones, podemos vencer los obstáculos, y elevar nuestro espíritu hasta la esperanza de la inmortalidad. Sin embargo, vosotros sois los herederos y los hijos de los cielos; este mundo no es más que un lugar de tránsito, un valle de lágrimas y de destierro, en que poneis, por un momento, vuestros pies, y que en breve debereis abandonar.

Ved aquí, hermanos míos, porque voy á exponeros algunas reflexiones sobre la eternidad. En este sentido, presentaré á vuestra vista dos verdades importantes, cuya meditacion es de sumo interés. Reflexionad, que estais en visperas de encontraros en esa eternidad, y que esa eternidad está á vuestra disposicion, de modo, que podeis proporcionárosla feliz, ó desgraciada. Estos son los dos puntos que voy á exponer á vuestra consideracion, implorando ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. No necesito recordaros, hermanos míos, que habeis sido criados para la eternidad, de suerte, que vuestra alma está dotada del don de la inmortalidad: por consiguiente, no podeis perecer. La razon y la fé os enseñan, que, al morir, no morireis por completo; y que si despues del tumulto y del desórden inseparables de este mundo, ha de haber la reparacion, el órden y la justicia, se requiere, que sea recompensada la virtud, que en este mundo habrá sufrido rudas persecuciones, y se requiere tambien, que se imponga un castigo al vicio. Al examinar atentamente el cuadro que la sociedad ofrece, nadie diria, sino que el vértigo domina á todo el mundo; se vive, se pasan los días y las horas, como si no debiésemos morir: se forman proyectos y más proyectos, se forman planes y más planes. La inteligencia con toda su energía, y el corazon con todas sus aspiraciones tienden á la vida presente, á la tierra, á esos bienes, á esos placeres, y á las pasiones, que sin cesar nos agitan, y que se revuelven como impuro cieno, subiendo y bajando alternativamente, como el flujo y el reflujó de las aguas del mar. ¡ Ah! ¡ cuán pocos son los que gozan de esa paz del alma, que, sin perturbarse, fija la consideracion en sus eternos destinos! ¡ cuán pocos son los que se penetran de estas verdades y piensan en ellas! Y, sin embargo, á todas horas estamos expuestos á salvar los umbrales de la eternidad, de esas regiones, que

no tienen término, de esa vida, que carece de fin. Estamos tocando á esa eternidad, y no pensamos en ella. ¿Qué importan ni significan cuarenta, sesenta, ochenta ni cien años de vida? La vida, sea cual fuere su duracion, es un soplo, una nube pasajera; la vida es nada en cotejo con la eternidad. ¿Dónde están las generaciones que nos han precedido? Han muerto, como morireis vosotros. Nuestro divino Salvador, valiéndose de este lenguaje, sublime y sencillo á la vez, que tanto nos admira y nos sorprende, decia: Si el padre de familias supiese á qué hora va el ladron á su casa, vigilaria sin duda (Luc. xii, 39). No permitiria que se descerrajasen las puertas de su casa; vigilaria y pondria en vigilancia á sus hijos y criados. Pues bien, continúa el Salvador en su notable parábola: vigilad tambien, puesto que no sabeis la hora en que vendrá el Hijo del hombre. Y luego dice en otra parte: Esta hora vendrá como un ladron (I THESS. v, 2: APOC. xvi, 15: II PETR. iii, 10), y así como el ladron no anuncia ni avisa su llegada, así la muerte puede sorprenderos mañana, y, quizás, hoy mismo. Pues bien; ¿ estais dispuestos á pasar estos umbrales, esta puerta de la eternidad, que se cerrará detrás de vosotros? ¿ estais en vigilancia, previendo y previniendo este trance? ¡ Ah! ocupados en los placeres y en las preocupaciones y locuras de este mundo, no pensais jamás en vuestra salvacion eterna; cual nave abandonada sin timon ni piloto á merced de las olas, dejais á vuestra alma expuesta á los peligros de su perdicion eterna.

Mas no teneis que concretar á esto, hermanos míos, vuestro pensamiento; pensad tambien, que al otro mundo no llevareis más que vuestras obras. Este cuerpo, formado de humilde barro, este cuerpo, que habeis acariciado y acostumbrado á la molicie y al vicio, será pasto de los gusanos, y se convertirá en corrupcion y polvo. Inspirareis horror á los que más os han querido; el cuerpo os dejará, se os escapará, será devuelto á la tierra de la cual ha salido; pero vuestra alma, el alma inmortal, habrá de pasar á la mansion eterna. Pero ¿ cuál será entónces su condicion y su suerte? ¡ Ah! no lo habeis meditado, hermanos míos, porque vuestro corazon está apegado á este mundo, porque habeis puesto todo vuestro interés en esta tierra. ¡ Ah! los santos, que han sido los hombres más prudentes y sábios; los santos, que han puesto todas sus miras en la rectitud de su conducta, no pensaban sino en la eternidad; y si alguna vez fijaban su consideracion y su vista en este mundo, al ver el número inmenso de los que van fuera del buen camino, trabajaban sin tregua, animados de un santo celo, por la salvacion de las almas. Sí, este es el negocio esencial y único; salvar nuestra alma. Me direis, sin duda, que no